

UN PAÍS SIN PAZ.

“Hay hombres que luchan un día, y son buenos; hay otros que luchan un año, y son mejores; hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles.”

Brecht

Pensar en el México de hoy provoca pensar en su papel interrelacionado con el mundo, México no es ajeno a la realidad global, no puede, ya nadie puede, habría que recordárselo a Fidel. El planeta que habitamos muestra dos rasgos ineludibles que Sartori ha señalado: el primero es que el mundo de hoy es un mundo más “grande”, más poblado, existimos más y, por lo tanto, más cercanos los unos a los otros, aplica para individuos y colectividades; el segundo es la aceleración del cambio como fenómeno cotidiano, siempre han habido cambios, eso la historia lo demuestra, la diferencia es que ahora son más rápidos, el Renacimiento surgió después del largo estancamiento medieval, en cambio el siglo XX representa una buena cantidad de renacimientos juntos: computadoras e Internet, viajes al espacio, fecundación *in vitro*, dos Guerras Mundiales, por mencionar algunos. Sin embargo, habría que agregar un tercer rasgo a la propuesta de Sartori: la interculturalidad como realidad social; el catolicismo occidental cede terreno al islam y al hinduismo, el intercambio y la adopción que culmina en mezcla de hábitos, valores y modos de vida y, por que no, en la desaparición de tradiciones.

Pensar en el México del tercer milenio provoca, también, pensar en un corto período de 4 años, de nueva cuenta la falta de memoria histórica del mexicano lo traiciona y termina reduciendo poco más de 500 años de conquista, independencia, colonia, reforma, revolución y priato al primer gobierno democrático iniciado el 2 de julio del 2000. De manera que la palabra en boga, la que está *inn* en los círculos políticos nacionales es hablar de “democracia”, ya viejos lobos del quehacer político la usan y hasta politiquillos creen saber usarla, lo cierto es que pocos mexicanos alcanzamos a entender los alcances de un sistema de gobierno imperfecto en su naturaleza, pero, al menos, el más justo de todos los experimentados por el hombre.

Hace algunos años murió un hombre que, sin ser político, comprendió las complicaciones técnicas de la democracia y, aún siendo poeta, no abrazó el término con actitud romántica: Octavio Paz.

Sin duda el legado paciano es abundante y fundamental en el esfuerzo de comprender el México subterráneo e interior, ese que se esconde bajo la máscara del Simulador cotidiano, pero ya el Nóbel de Literatura mexicano aclaró bastante sobre el carácter impresionista de su obra, más que clasificarlo como analítico. Por ello lo que nos ocupa en este ensayo es su visión política.

Paz tuvo sus impresiones, afectadas por las características del siglo que le tocó vivir, y que mantuvo aún en posición contraria al estado, el antiestatismo fue *modus vivendi* para el poeta y al final de su vida logró convertirse en el referente moral e ideológico de los intelectuales de México, más por la congruencia e integridad de su carácter como

crítico del poder, que por las consecuencias de sus protestas y declaraciones. Soledad Loaeza, en sus estudios sobre el papel de Paz en la *intelligentsia* mexicana, ha penetrado de manera más profunda en la figura del autor. Pero no es el propósito ensayar a Paz y su obra como Conciencia de la sociedad, sino descubrir algunos rasgos de su visión política.

Existen elementos muy claros en la crítica política de los escritos pacianos, muy relacionados con la concepción del autor sobre lo qué era entonces el estado mexicano y en lo qué pretendía convertirse, vale la pena la reflexión para hacer notar que muchas de las observaciones del autor del *Laberinto de la soledad* se encuentran bastante vigentes ahora, vale la pena la reflexión para que ciudadanos y políticos comprendamos mejor la urgencia y necesidad de formar un estado mexicano capaz para el siglo XXI.

A lo largo de estas cuartillas recorreremos conceptos cómo la necesidad del estado y sus fundamentos como garante de libertad e igualdad, así como la naturaleza histórica de su desarrollo para, al final, comprender mejor el concepto de un “estado democrático” moderno.

“Si no es el estado, ¿quién?”

México se ha estrenado en la democracia política. La confianza ciudadana en el respeto por su voto se afianza y gana terreno. Pero no es así con el resto de las instituciones, la actitud es diferente: existe un profundo recelo hacia instituciones públicas y partidos políticos. El desencanto es generalizado y se apropia del pensar

nacional. Ya se escuchan voces que protestan por la ingobernabilidad del país proveniente de la incapacidad del estado para ejercer su papel de árbitro único. Ante el cuestionamiento continuo de la suficiencia del estado es obligatorio un cuestionamiento anterior, la necesidad del estado como tal.

El estado es una realidad, al menos a las últimas generaciones de mexicanos nos tocó nacer y crecer en medio de alguna forma de régimen político, la sombra del estado se cierne sobre nuestra vidas de manera imperceptible porque se confunde; el estado, en cuanto estructura de orden con principios intrínsecos y características sistémicas, condiciona el comportamiento de sus actores, *“La estructura determina el funcionamiento de los individuos, y no viceversa”*, por ello el estado se vive y no se analiza.

El ciudadano común se acostumbra al *status quo*, pero la individualidad se afirma y reluce una realidad más fuerte, el hecho de que cada uno es diferente del otro y ante el terror que nos provoca ser iguales, idénticos, surge la figura del ciudadano no común, del Crítico, del intelectual que, desnudo de armas pero bélico de ideas, pregunta, discute y, más allá, propone; este proceso lo lleva a enfrentarse con el *establishment* ideológico, primero, y después con la versión pragmática de este, el aparato político, el Estado. Concretamente un revolucionario no es más que un Crítico que traiciona su marginalidad de tercero, un inconforme con fusil.

El enfrentamiento ideológico genera consecuencias, a menudo violentas: desapariciones, asesinatos, rebeliones, revoluciones y hasta la supresión del régimen

en turno, entonces viene el vacío de poder, lo que en términos políticos y más dramáticos puede denominarse anarquía. Después de esto, ¿qué? Nos topamos de frente con nosotros mismos, ya no hay estructura ni caminos claros, no hay organización social, no hay sociedad y, si estar solo es estar alejado de los *otros*, que no haya *otros* es estar aún más solo.

Sería terrible quedarnos solos y navegar en *“las aguas heladas del cálculo egoísta”*, para citar a Marx y parafrasear a Paz, sería terrible porque la responsabilidad de transformación y crecimiento sería únicamente nuestra, de los ciudadanos, de los mexicanos que hemos crecido con la ayuda de un aparato político monstruoso y que no sabemos dar un paso sin el brazo conductor del partido oficial; ya los primeros cuatro años de un gobierno distinto, al menos en el Ejecutivo, nos demuestran que los mexicanos llevamos en las venas la cultura priísta, tal vez porque ha sido la única cultura política que hemos conocido y la costumbre nos impide tomar decisiones, recordemos que decidir es elegir entre opciones, al menos dos conocidas para que exista disyuntiva, el razonamiento es simple, los mexicanos no sabemos decidir porque sólo conocemos una: la de 70 años en el poder, la de presidencialismo, corrupción, cargadas y compadrazgos. A este razonamiento la objeción se antoja obvia: en julio del 2000 decidimos distinto y sacamos al PRI del poder, cierto, pero con algunas limitantes de contexto: ya mucho se ha señalado la carencia de memoria histórica nacional y sus efectos en el actuar cotidiano, esperábamos que un sexenio alcanzara para cambiar los vicios del pasado y ante la desilusión de la expectativa generada por el voto útil, nos negamos la oportunidad de conocer la segunda opción y simplemente no cooperamos

con el gobierno nuevo. El recelo del mexicano aflora y lo aleja, mira de reojo y murmura entre dientes, desconfía, chismea y, peor todavía, envidia.

La envidia es sin duda otra característica del México interior, no sólo no nos gusta el éxito ajeno, nos lastima, nos duele, el mal se contagia mientras la herida crece, para que en un plazo limitado de tiempo se contagie al exitoso y herirlo, chingarlo. Así, ya todos iguales, jodidos, podemos ser solidarios. La solidaridad mexicana se hace presente sólo en momentos de franca debilidad y dolor, nunca en situaciones de fortaleza y alegría. La solidaridad nace cuando los principios de justicia son parte de la cultura y los valores, en nuestro país la justicia se ha minimizado al arbitrio propio y la impunidad ajena.

En *El Ogro filantrópico* Paz escribió: “La cuestión...no consiste en saber si el Estado podrá gobernar sin el PRI, sino si los mexicanos nos dejaremos gobernar sin el PRI”.

La envidia interior se exterioriza como obstáculo político, no hay acuerdos, no hay negociación, el fin del estado se pierde y únicamente importa *mi* propósito, el horizonte se acorta hasta mi nariz y sus efectos se reducen a mi entorno; el de los demás, el de la sociedad por la que el funcionario debe trabajar, no importa. Habría que revisar con pulcritud y honestidad intelectual, cuántas de las decisiones tomadas por la Cámara y por el Presidente en los últimos cuatro años no tiene alguna intención de veto o desquite político para con el otro. No se necesita mucho para concluir, tenemos todas y cada una de las reformas estructurales “pendientes”. El tiempo se acaba.

La fatalidad de una sociedad inmadura, tal vez mejor informada y con menos censura, pero inmadura, ofrece la tentación de retornar al pasado o recrear un sistema similar al anterior. Pero el camino no es tan estrecho, la historia ha probado que la supresión del estado y el anarquismo no ofrecen soluciones; el ser humano requiere de un estado definido para crecer, la visión de Hobbes, compartida por Paz y Jouvenel, en cuanto a un estado necesario que “defiende a los hombres, de los hombres” se afirma. La realidad demuestra que la democracia política como sistema y el estado, como instrumento, son condiciones *sin equa non* de la justicia social y económica.

La otra democracia.

Frente a la exigencia de erigir un estado con una forma de gobierno específica, la decisión ha sido tomada: somos una democracia, al menos en el ámbito electoral hemos creado una institución transparente que garantiza la limpieza y justicia en las urnas, operada por ciudadanos pero con un costo económico terrible, hacemos elecciones más costosas que cualquier otro país en el mundo y hacemos elecciones todos los años. El exceso es insultante.

A pesar del costo electoral, la democracia mexicana dista mucho de ser deontología democrática, tanto gobernantes como gobernados hemos caído, a fuerza de demagogia, en el simplismo de la *democracia etimológica*, donde el término se limita a la relación pueblo-poder y *la parola* se agota en sí misma. Conviene virar el timón y empezar a comprender con realismo, como modo útil de pensar, que la democracia trasciende el voto y circunscribe todas las dimensiones del hombre, de manera que

antes de pensar en una democracia política es menester cuestionar nuestra democracia social.

Podemos decir, con certeza, que la democracia política es premisa fundamental de las otras democracias, vivir bajo un régimen autoritario suprime el libre comercio y la igualdad. Pero habitamos un mundo en el que las correlaciones se multiplican y los poderes económicos, políticos y sociales cada vez remiten más los unos los otros, como observaba Ratzinger antes de su metamorfosis; globalmente la democracia política requiere para su *modus operandi* una serie de fundamentos prepolíticos, específicamente una serie de condiciones de libertad e igualdad como garantías irrestrictas.

Quién lea estas líneas estará de acuerdo conmigo: *Los mexicanos somos libres*. Es una afirmación, llana y sin pretensiones. Podemos salir del país cuando nos plazca o escribir nuestras ideas y publicarlas, entre otros ejercicios simples de nuestra libertad; aún así, existen argumentos más sutiles para refutar tal afirmación.

Si Libertad es elección de una posibilidad entre otras, esa búsqueda que se ejerce siempre en el terreno de lo relativo y cuyo horizonte es la libertad del otro; si Libertad significa la afirmación de lo que en cada uno es singular y particular, entonces surge una relación estrecha, muy estrecha, con la Igualdad; afirmar la singularidad de la voluntad ajena es enfrentarla y reconocerla igual a la mía, para que alguien sea mi enemigo debe, como mínimo, ser mi semejante, podemos entonces compartir el entorno, dividirlo y decidirlo. La Libertad que lleva al monje al aislamiento, como

encarnación de su diferencia, es la misma que la que confunde a miles de aficionados al fútbol como exaltación de su Igualdad. Libertad e Igualdad son actos simultáneos.

Ahora bien, la última encuesta social nos restregó en la cara que somos una nación de discriminación, racismo e intolerancia y nos puso en evidencia ante los ojos del mundo como machos y corruptos; una realidad social que nos aterró hace más de 50 años cuando Paz la trajo a la superficie y que, hoy, en pleno siglo XXI nos negamos a aceptar. Si es así, si no existe el reconocimiento de los otros, no somos iguales y, si somos diferentes cualitativamente –unos mejores que otros-, la libertad se vuelve falacia.

El lugar común establece que los números son fríos, no se equivoca, observar elecciones recientes con abstencionismo superior al 50% del electorado refleja que quienes ejercen su derecho de callar son las minorías discordantes con las opciones oficiales de oferta política, la paradoja es cruel, las minorías son mayoría y una democracia que suprime a las minorías, porque negarles espacios para la expresión y la competencia es suprimirlas, no es una democracia de iguales. En su tratado sobre la Democracia Sartori explica que las mayorías moderadas representan el ideal de la democracia, pues garantizan los derechos de todos, en cambio las mayorías absolutas aplastan a las minorías. En México la mayoría absoluta se llama PRI, PAN y PRD.

En suma y citando a Paz: “Sin libertad la democracia es despotismo, sin democracia la libertad es quimera”.

Una vez dadas las condiciones para que la sociedad sea libre, es decir, ya existente el espacio, el paso siguiente es la acción. Ya no poder en cuanto permisión, sino poder en cuanto capacidad. ¿Somos los mexicanos capaces de actuar con civilidad y vivir adecuadamente un régimen democrático? La respuesta no es muy halagadora aunque existen atisbos de esperanza.

Por lo anterior, el desarrollo de una serie de virtudes políticas ciudadanas que legitimen al estado democrático, es un proceso imprescindible en la búsqueda de satisfacer el criterio del Ser y el Deber Ser de la democracia social, en la búsqueda del *ethos* nacional.

Según Ratzinger, el filósofo, lo que hace de una democracia el sistema de gobierno más justo y funcional en la historia del hombre son dos características: la contribución de la sociedad al derecho que la rige y, la administración de la fuerza por los distintos niveles de poder.

El punto de interés se sitúa en el primer rasgo. Los sistemas de gobierno en los cuáles la sociedad, a través de sus individuos, participa de la generación y promulgación del derecho, requieren de un nivel de calidad ciudadana más alto; a diferencia de los regímenes dónde los hombres sólo son destinatarios de las leyes. Habermas, desde Francfort, señala que lo que hace racionalmente aceptable el derecho surgido de las democracias es la legitimidad de su formación mediante la inclusión y el discurso de la opinión y la voluntad.

De los ciudadanos en cuestión se espera que, conscientes de sus derechos y obligaciones, hagan uso de sus capacidades de comunicación y participación en el sentido de sus intereses particulares e, incluso, puedan movilizarse unidos en torno a los debates sobre asuntos que conciernen a los intereses de la colectividad. Es obvio que llegar a dicho nivel de expresión requiere de un amplio consenso social o de la aclimatación y asimilación de ciertas virtudes políticas como el diálogo propositivo, la capacidad de establecer puentes de acuerdo, la tolerancia, etc.

Es ingenuo esperar que una democracia incipiente como la mexicana haya alcanzado ya dichos niveles de madurez cívica, sin embargo los mexicanos hemos logrado alzar la voz frente al estado como manifestación de protesta por asuntos innegables, como la inseguridad, que no es más que una extensión del irrespeto a la libertad del otro mediante la exigencia forzada de mi libertad, el violentamiento de *tu* libertad por la *mía*. Con tristeza hemos recibido la misma respuesta que desde hace algunos años caracteriza al aparato político: el estatismo, no como filiación al estado, sino como comportamiento estático, inmóvil; si en otro tiempo la respuesta a la protesta era la acción en diversas formas: censura violenta o disimulada, represión, chantaje o desaparición impune, ahora la respuesta es que no hay respuesta, la inacción. Las críticas más feroces y ofensivas se ignoran, las declaraciones más veraces se cubren con indiferencia y rayan en el cinismo, las pruebas más fehacientes se archivan y se “interpretan”; los hechos se desvanecen y terminan por perderse en la nada. La Nada, ese espacio primario al Ser, origen del no y la negación, lo absorbe todo y lo neutraliza, lo elimina. De manera que no pasa nada, nunca pasó nada. De nuevo el uso de nuestra memoria de corto plazo, lo que en la mañana nos alarma, por la noche se ha olvidado.

Además, si el fin último de la política como quehacer, es poner la Fuerza bajo el control del Derecho y reglamentar su uso sensato, entonces la importancia de contar con un Derecho legítimo, justo y actualizado trasciende al nivel de la Constitución como el instrumento *tout court*, como la institución jurídica que garantiza los derechos fundamentales del ciudadano y de la cual emanan el resto de las legislaciones específicas y locales.

Por lo tanto la revisión continua de la constitución y el debate sobre la interpretación de la misma son necesarios, porque ofrecen la posibilidad, equívoca en ocasiones, de contribuir a la conformación del *ethos* de cada una de las naciones. En México hemos desarrollado la cultura contraria, la Carta Magna pocas veces se cuestiona en sus raíces más profundas y las modificaciones históricas provienen de dos fuentes, la conveniencia presidencial y el capricho legislativo; la nostalgia por las instituciones y productos de la revolución brota y se impone, la Constitución del 17 y su contenido es, jurídicamente, el mayor logro revolucionario. Por ello las legislaciones emanadas de la constitución abundan en parches, contradicciones y atajos sinuosos, ésto, sumado a la ineficacia de su aplicación, lastima dolorosamente la justicia mexicana. El carácter intocable de asuntos constitucionales como el petróleo “de todos”, la “pecaminosa” reelección y los sindicatos “protectores”, se convierte en un lastre enorme en el esfuerzo por alcanzar el primer mundo.

Tiempo contado.

Vivimos hoy la coyuntura, ya los políticos hablan mucho de “transición”, tal vez porque la palabra, en cuanto etapa temporal de transformación, permite el aplazamiento de decisiones importantes. Pero, volviendo al realismo, la situación es clara, México, con democracia o sin ella, madura o incipiente, no puede esperar más tiempo para transformar sus estructuras legales y económicas, estructuras condicionadas por el acuerdo y la decisión política; así como China debió abrirse al mundo sin importar el régimen político que la gobierna, obligada por la realidad del comercio internacional; así México deberá afrontar los retos que su papel le presenta: ser vecino de “la potencia”, pertenecer al TLC, educar a su sociedad, generar más empleos y minimizar la cifra de la extrema pobreza.

Lo que preocupa es el desilusionador comportamiento de la clase política, si en la sociedad mexicana destellan, de pronto, algunas chispas de luz cívica, en los políticos la oscuridad nos ciega, ya el discurso demagógico de antaño, ya la declaración ingenua y hasta estúpida, ya la impunidad acompañada del sarcasmo. Y detrás, el eterno retorno a las actitudes ruines que desgarran a México desde su concepción, cómo si no pudiéramos cambiar, cómo si a cada intento honesto de mejorarnos le correspondiese otro intento, más fuerte, de sabotearnos. Incluso el fútbol lo demuestra, como fiel espejo de la vida nacional, cuando mejor se juega, alguno u otro actor deportivo conspira para el fracaso: jugadores, directiva, aficionados.

Y con la presión de que los plazos se terminan aparece el tiempo circular, ese en el que tanto creía Paz por negación, da la impresión de que le dolía reconocer en nosotros la predisposición a repetir ciclos. En ese tiempo los cambios son momentáneos y

superficiales, no existen transformaciones de Fondo sino de Forma, pues la “lógica” del sistema cíclico es la repetición, el regreso a los orígenes que aniquila la decisión individual y eleva a las colectividades como protagonistas. Por ello, cuando descubrimos que tras una nueva reforma optimista se esconde el fantasma de un vicio anterior es imposible no recordar a Paz. Remitirnos a sus escritos como fuente de sabiduría cosmológica ayuda a la comprensión.

El criterio de análisis histórico basado en las masas como sujeto transformador de la realidad proviene, según Jean Meyer, de dos columnas teóricas: el psicoanálisis y el marxismo. El criterio establece que los discursos y las prácticas no son más que disfraz, botarga; y que, mientras los actores creen que hablan, que actúan, son las infraestructuras, el inconsciente y la pertenencia clasista, lo que habla por ellos. A este criterio se une la concepción del tiempo cíclico paciano. Sin embargo, el modelo que influyó en Paz durante los últimos años de su vida, entró en crisis a finales de los ochenta como consecuencia de las crisis del marxismo y el psicoanálisis; las ciencias sociales, concretamente la historia y la sociología se vieron afectadas. El derrumbe definitivo del comunismo práctico permitió a la historia retomar su carácter aleatorio.

La aleatoriedad de la historia radica en considerar el acontecimiento como la unidad central de la misma. El tiempo corto, el instante, en que un acontecimiento se consuma es la medida de imprevisibilidad de la historia. Pero, cuidado, aleatorio no significa ininteligible, los hechos históricos siempre pueden explicarse una vez pasado el tiempo, casi con lógica absoluta, es decir, la explicación *a priori* no existe. Situar al

acontecimiento como espacio de decisión devolvió al individuo su capacidad de transformador, le devolvió su voluntad y rompió el determinismo histórico.

De nuevo el hombre se vio a sí mismo como a principios del siglo XX, como forjador de su propia historia en un tiempo lineal e irrepetible, ese tiempo en el que Paz creyó cuando era joven. La historiografía se asoció con el derecho y la cultura para impulsar de nuevo la novela histórica, específicamente el género biográfico relegado por los tratados sociológicos y teorías de explicación general; se posicionó al hombre, como centro único y valioso del universo. Una especie de renacimiento mundial del Liberalismo.

La célebre frase cobró sentido otra vez: “los hombres hacen su historia, pero no saben la historia que hacen.”

Conviene recordar a los políticos y funcionarios mexicanos su oportunidad para actuar su papel y convertirse, más que en actores, en factores de cambio y mejoramiento. El acontecimiento es instantáneo, las decisiones omitidas no repiten los elementos circunstanciales, de manera que no hay segundas oportunidades. Conviene, ya no pensar en tener memoria política, sino una “política de la memoria” para usar el término alemán.

Por último, a manera de conclusión. Si Paz encarnó el problema de creer en ambos modelos de explicación temporal; si para él México no era el que todos vemos, sino el que hace fiestas de mascaradas; si para él México era un enigma insondable, se debió

a su carácter poético. No olvidemos nunca que Paz fue poeta, no político, prefirió escribir una Dialéctica de la Soledad antes que una de la Democracia, optó por los claustros y las bibliotecas en lugar de las embajadas. Pero de ningún modo su vocación artística literaria demerita sus observaciones políticas, pues, además de haberse convertido en una de las figuras intelectuales de más alto prestigio internacional, la honestidad de su juicio crítico y su marginalidad respecto de cualquier círculo de la época lo acredita como una voz autorizada y legítima en la materia. Y todavía más, el personalismo, esa búsqueda incesante que marcó a Paz por comprender sus fantasmas y serpientes, por brindar un poco de luz a sus semejantes en el esfuerzo de ser personas en su entorno, no sólo lo hace necesario, sino imprescindible. Del manantial de honestidad paciano conviene beber a políticos y ciudadanos mexicanos, a los primeros en la comprensión y el desarrollo de un sistema político técnicamente complicado pero justo socialmente; a los segundos, en el esfuerzo cotidiano de comunicarnos y participar de nuestro gobierno. Conviene beber, aunque sea un sorbo para ponernos de pie y buscar la esperanza entre los nuestros.

Adrianno Castello